



Entrevista

“En Occidente hemos perdido la fé en demasiadas cosas”

Francisco Fernández Ordóñez

Instalado apaciblemente en su experiencia, de vuelta de casi todo, sonriente y liviano, hace gala Ordoñez de falta de ambición que, como se sabe, es una de las más nítidas manifestaciones de los poderosos. Su sinceridad parece nacer del desengaño, y en esa voluntad de desarraigo ha encontrado al cabo de los años su firmeza. Como los discípulos de Buda, no persigue nada, y nada por lo tanto le es negado.

Está bastante sabio Fernández Ordoñez. El caso es que nuestro ministro de Asuntos Exteriores se pasea con igual desenvoltura por la Conferencia de Seguridad del Mediterráneo que por los poemas de Edmond Jabes o la sequía cultural que nos aplana; un tono quieto y desapasionado recorre la conversación que incluye dardos como que «la España de hoy es un inmenso desierto por su incapacidad por interesarse por otras culturas», preocupaciones como «el derecho legítimo del millón y medio largo de palestinos por una forma estable de vida», o evidencias como que «España tiene un deber con los pueblos islámicos, por lealtad con nuestra propia historia». En un espacio de luz y alfombras árabes, Francisco Fernández Ordoñez analiza, distendido y seguro, los problemas y las complejas relaciones de dos mundos.

**BLANCA
BERASATEGUI**



El ministro de Asuntos
Exteriores con el rey
Hassan II

La idea de una conferencia de Países del Mediterráneo es, de momento, una imagen idílica, o algo que pueda suceder pronto y con resultados prácticos? — No es un proyecto utópico. Lo que sí es verdad es que se trata de un proyecto ambicioso y como toda empresa ambiciosa ha de tener en cuenta no sólo lo importante sino también lo urgente. Y hay aspectos de este proyecto que no admiten espera. La seguridad es uno de ellos. Creo que la

llamada CSM (Conferencia de Seguridad del Mediterráneo) es la mejor fórmula para garantizar esa seguridad, partiendo de la base de que el término seguridad no es un término militar sino mucho más amplio. Hay seguridad cuando hay sistemas democráticos en los países vecinos; hay seguridad cuando esos vecinos respetan los derechos humanos, cuando gozan de un mínimo de bienestar económico, social... Hay seguridad cuando hay confianza. Porque la seguridad no viene de la mano de los misiles sino de estos conceptos. En la Conferencia de Otawa, hace ya tiempo, hablé de todo esto y luego el conflicto del Golfo me ha venido a dar la razón. Sosegado y tajante, Fernández Ordóñez añade que así como en la Conferencia de los países del Este se abarcaba desde el Atlántico a los Urales, «podemos hablar del Mediterráneo desde el Atlántico hasta el Golfo. El Mediterráneo no es divisible, es la misma agua». Y asevera que en lo que ya está todo el mundo de acuerdo es que la Conferencia del Mediterráneo será un buen cauce para introducir las necesarias medidas de confianza en todos los países de la región. «Porque la seguridad de Israel no puede depender tan sólo de los antimisiles Patriot, de la misma manera que España no se siente insegura porque Francia tenga armamento nuclear. La seguridad consiste en la confianza».

¿Cree que el conflicto del Golfo puede interpretarse en clave de guerra Norte-Sur?

¿Se alterará a partir de ahora el mapa de la zona?

— Lo que me auiere todo el mundo es que no se altere el mapa. Lo he oído

comprobar en mis viajes más recientes. Tampoco pretende nadie aniquilar para siempre a Irak. Yo he visto deseos de estabilidad en todo el mundo. Y ningún deseo de escribir fronteras nuevas. No, tampoco Israel lo desea. Nadie quiera reabrir nada, sino seguridad y seguridad. Hay, efectivamente, que abordar un grave problema: el del millón y medio largo de palestinos de los territorios ocupados que sí necesitan una fórmula estable de vida. Y ese es un derecho muy legítimo.

Por otro lado, lo de Norte-Sur o pobres y ricos, en el caso del Golfo no ha sido así. Irak no es más pobre que Egipto o Siria, que han luchado contra él. Irak es el país más rico de toda la región, lo que ocurre es que ha empleado su dinero en comprar armas. La venta de armas masiva produce unos enormes desequilibrios. El problema, además, es que esa venta de armas procede de los cinco miembros permanentes del Consejo de Seguridad. En los últimos cinco años, la venta de armas a la región ha alcanzado una cifra superior a los treinta y un mil millones de dólares. Del 85 al 90. Si esto no se frena de alguna manera, el riesgo continúa. Se quieren hacer acuerdos, pero resulta muy difícil ponerse de acuerdo en qué tipo de armas hay que suprimir, si las convencionales, si las nucleares, si las químicas... No va a ser fácil, no. Pero no hay duda de que hay que afrontar el tema del armamento para resolver, si no el verdadero, sí uno de los problemas fundamentales: que jamás vuelva a surgir en la historia de los países otro Sadam Husein.

«La seguridad de Israel no puede depender tan sólo de los antimisiles Paíriot, de la misma manera que España no se siente insegura porque Francia tenga armamento nuclear. La seguridad consiste en la confianza».

Bueno, eso parece ya resuelto, ¿no?

— No del todo. Husein sigue ahí. Por eso la primera acción diplomática que se ha emprendido ha sido el pacto 6+2, el pacto de Damasco, firmado por los seis países del Golfo más Egipto y Siria, en el que se establece un nuevo sistema

de seguridad. Pero, ¿quién es el enemigo? ¿Contra quién es ese pacto?, se preguntaban mucho. Y el ministro egipcio respondió decidida y escuetamente: «es un «deterrent», que podría traducirse algo así como «es un freno, un disuasivo», para evitar que se repita lo que ha sucedido. Es decir, se ha establecido un sistema de seguridad no contra nadie sino contra cualquiera.

«Yo creo que el modelo crítico es el mejor antídoto al fanatismo. En una democracia, al término guerra santa, por ejemplo, es impensable».

Un intelectual marroquí ha definido el conflicto del Golfo como la primera guerra mundial de las culturas. ¿Que le parece?

— Yo no lo creo así. No creo que haya datos para sacar esas conclusiones. No olvidemos que la mayor parte de los países árabes no estaban con Irak sino con los países que formaban la fuerza aliada. Por lo tanto, no había choque de culturas. La mayor parte de la población árabe necesitaba un líder con el que identificarse, un nuevo Nasser que pudiera hacer añicos el liderazgo de Husein. La gente, sí, echaba de menos a Nasser, a una figura que fuera su voz y de la que pudiera sentirse orgullosa.

¿Superará el Islam? la tentación de volver a un mundo trágicamente cerrado en sí mismo, alejado de cualquier vestigio de modernidad?

— Sera difícil hasta que no entren en la vida de los hombres y los países ciertos factores de secularización, de una separación clara entre la Religión y el Estado, como ha sucedido en las sociedades occidentales actuales. Esta secularización permitirá, además, el establecimiento de sistemas democráticos. Yo creo que el modelo democrático es el mejor antídoto al fanatismo. En una democracia, el término guerra santa es impensable. Debe, sí, producirse ese fenómeno que ya avanza en determinados países de la zona. Porque el fundamentalismo es una cosa que viene y se va, no una corriente que inevitablemente lo desborde todo. Yo no tendría un sentido fatalista en este aspecto. Hay también otros factores que frenan el progreso: la amargura, el rencor, el miedo... Y la ignorancia.

El ministro de Asuntos Exteriores reflexiona ahora sobre el integrismo, sobre el racismo. Y huyendo de la fatalidad parece que llegara siempre, e inevitablemente, al pesimismo. Ni su peripecia ni su cautela, enciclopédicas ya después de tantos años de trasiego y vuelo, ocultan un cierto desencanto de la condición humana. Habla

«El mamó en Europü se está produciendo contra el Islam, Y eso es doblemente preocupante. O Europa admite que su futuro es multicultural y multirracial o se convertirá en una isla de prosperidad rodeada de miseria, destinada a vivir en un círculo amurallado, entre alambradas».

«La España de hoy es, por su escasa capacidad de admirar y de interesarse por otras culturas, un inmenso desierto. El único interés más o menos cultural que observo con claridad es el de mandar a los niños a Estados Unidos para aprender inglés».

Ordoñez de los integrismos culturales y religiosos no sólo de los países árabes —«en Israel hay fuerzas políticas que impiden posiciones occidentales»— y se lamenta del racismo creciente en Europa, tan preocupante.

— «Porque el racismo en Europa se está produciendo contra el Islam. Y eso es doblemente preocupante. O Europa admite que su futuro, su futuro más próximo, es multicultural y multirracial o se convertirá en una isla de prosperidad rodeada de miseria, destinada entonces a vivir en un círculo amurallado, entre alambradas. Europa se está poniendo a prueba con la emigración de los países del Este y con la procedente de los países del Magreb. Pero el recibimiento de unos y otros todos sabemos que no es el mismo. Surge lamentablemente el racismo. Lo mismo ocurre en Israel: prefiere la llegada masiva de rusos antes que acoger a un solo palestino. Los elementos racistas se están haciendo sitio en la vida actual, de la misma manera que

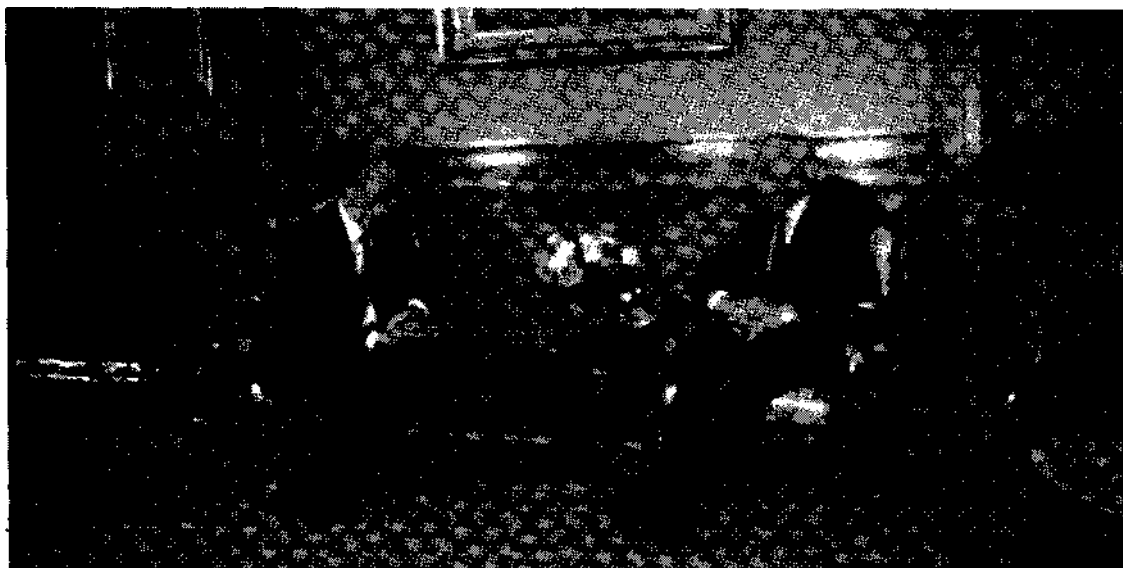
vuelve a crecer el fenómeno antisionista. Esta es la realidad. Hablemos de España. De nuestra relación con los países del Islam. ¿No le parece que a pesar de la Escuela de arabistas, de gran altura y tradición, hay hoy en todos los ámbitos de la sociedad una desatención absoluta a la cultura, a las cosas y las gentes relacionadas con el mundo árabe?

— Tenemos el Instituto Hispanoárabe de Cultura y poco más, efectivamente. Funciona bien, aunque no dispone del dinero mínimo suficiente. El problema de siempre. Pero lo cierto es que la España de hoy es, por su escasa capacidad de admirar y de interesarse por otras culturas, un inmenso desierto. Y no lo es sólo en lo relativo al mundo árabe; ocurre lo mismo con otros mundos: no hay muchos especialistas en cultura china, en cultura japonesa, en cultura eslava. España tiene hoy mayor peso político que cultural o económico. Sin duda. El único interés más o menos cultural que observo con claridad es el de mandar a los niños a Estados Unidos para

aprender inglés. No leo libros de peso publicados en España sobre temas relacionados con la política internacional. No se establecen debates serios; no veo, en una palabra, interés creciente por los acontecimientos que están cambiando el mundo. En Francia, por ejemplo, hay estanterías llenas de libros sobre el Magreb. Tengo que salvar de la crítica a la Generalitat. Uno de los libros importantes que conozco sobre el tema aparecido recientemente en España ha sido uno editado por ella sobre la emigración en el Mediterráneo. Pero como siempre nos ha ocurrido, se trata de empresas aisladas, de individualidades. Porque estructura cultural seria y organizada tenemos poca.

Pero de todo esto, la culpable será la Administración, que no ha proporcionado cauces, ¿no?

Fernández Ordoñez se sonríe y no se inmuta. Demasiado largo ya su viaje administrativo como para no encajar, con sabiduría y buen humor, lo que para tantos es una evidencia.



— Es que yo ya me he curado de esa especie de enfermedad que consiste en acusar siempre, de todo, a la Administración, al Gobierno... Debe de ser por mis muchos años de funcionario. No, en serio: la responsable es la sociedad, de la que surge la cultura profunda de un país. Lo más interesante que a mi juicio se ha logrado en los últimos años en beneficios de la cultura ha sido la Institución Libre de Enseñanza y la Residencia de Estudiantes. Y las dos cosas las creó la sociedad y no la Administración. Pero en estos momentos nuestro país está inmerso en un debate de otro tipo. España se está mirando al ombligo. Y si uno de nuestros parlamentarios prefiere hablar en Estrasburgo en francés o en inglés antes que en español, si ante la creación del Instituto Cervantes nos hemos encontrado con una falta de apoyo social absoluta, ¿cómo vamos a pedir que el ciudadano corriente que se interese por los problemas árabes?

Fernández Ordoñez con
Chadli Benjedid

Aun a riesgo de ventilar todavía más su desengaño, el ministro insiste, e ilustra:

— «La juventud está muy centrada en sus asuntos personales; no sé, tal vez es el tiempo que vivimos el culpable, pero en mi época teníamos una ilusión política, un afán colectivo por el progreso del país; ahora yo no veo interés por algo que no sea propio. La sociedad española refleja ahora lo contrario que en muchos pasajes de nuestra historia, por ejemplo, en el

Descubrimiento. El español ha perdido el espíritu de aventura, que es el que le hizo plantar una enorme catedral en Cuzco, a cuatro mil metros de altura. Y recalca en Ortega:

— «Cuando le preguntaron a Ortega la definición de España ya sabes lo que respondió: es esa nube de polvo que queda cuando por el camino de la historia ha pasado galopando un gran pueblo. Vamos a ver si conseguimos ahora que se pose el polvo y emprendemos una ruta ambiciosa. Lo importante es que la gente joven esté dispuesta a hacerlo. Pero, de mí no te fíes, porque yo soy un pesimista.

¿En qué medida la guerra del Golfo nos ha demostrado ese pobre diálogo entre España y los países árabes —especialmente por parte de los intelectuales— estancado muchas veces en el mero insulto, en la simple descalificación de unos y otros?

— La guerra ha provocado un debate apasionado y yo creo que esa es una página que hay que pasar. No olvidarla, para que no vuelva a suceder, pero no detenerse más tiempo en ella. Por otro lado, ha sido útil por una razón: la gente, el español medio, ha comprendido que algo que pasa de lejos de nuestro país, nos puede afectar, y seriamente.

Ordoñez con Gadafi

Supongo que no podremos, además, tirar por la borda ocho siglos de historia común.

— Tenemos unos lazos evidentes, un vínculo que viene de siglos y pese a los problemas que padece ahora nuestra cultura, y a que se nos están muriendo los grandes maestros, no es fácil hacer desaparecer ocho siglos de historia común. Las cosas nunca pasan del todo. No hay mas que pasearse por la



Alhambra, o por la sinagoga de Toledo. Tanto Américo de Castro como Sánchez Albornoz tenía razón. En mis viajes he podido comprobar como se sienten los palestinos de cercanos a nosotros; he visto, también, cómo en Israel entendían perfectamente nuestro idioma todos los miembros del Gobierno; me emociona también oír de boca del ministro de Asuntos Exteriores egipcio su incapacidad para hablar un árabe de la perfección de don Emilio García Gómez. Por todo ésto creo que tenemos la obligación de ser al menos leales con nuestra propia historia. España tiene un deber con los pueblos árabes. Pero, ¿ves?, no creo que estos grandes maestros hayan dejado una escuela importante, o, al menos, una escuela lo suficientemente numerosa como para que perdure, como para que se extienda y progrese. Pero, ¿qué propuestas prácticas se le ocurren?

— En primer lugar, multiplicar por muchas las becas. Creo en ellas porque he sido becario. Y si no he padecido esa enfermedad española tan común

como es el antiamericanismo es porque fui una de las primeras personas de mi generación que estudió en Harvard. Conocer otro país a cierta edad es casi indispensable para la formación intelectual de una persona. Muchos de los altos funcionarios de los países de Suramérica han pasado por la Universidad española, y yo creo que eso es muy positivo. La Administración debería fomentar las becas de estudiantes e intelectuales de los países árabes en nuestro país. Estoy convencido de que a muchos estudiantes marroquíes, por ejemplo, les encantaría estudiar en España su carrera universitaria; no estoy seguro de lo contrario, en cambio. Las becas son un instrumento no muy claro y sí muy eficaz. También la televisión es importante. Y, ahora, con la puesta en marcha de los institutos Cervantes contaremos, creo, con un mecanismo de intercambio cultural de primer orden. ¿ué puede aprender España de los pueblos árabes?

— Mucho. Creo que mucho. Hay todavía en todo ese mundo un fondo humano enorme y una profunda religiosidad, que en Occidente está casi per-



dí/ español ha perdido el espíritu de aventura, que es el que le hizo plantar una enorme catedral en Cuzco, a cuatro mil metros de altura. En estos momentos nuestro país está inmerso en un debate de otro tipo: se está mirando al ombligo».

«Tendríamos que aprender del mundo árabe ese sentido de la religiosidad tan profundo que tiene. Ellos creen, cosa que aquí no. En Occidente se ha perdido la fe en demasiadas cosas».

did. Los pueblos árabes han estado castigados, abatidos y zurrados siempre por el extranjero. Pero esa religiosidad al final se convierte en un activo. He hablado antes de la necesidad de una secularización de los Estados, pero los valores espirituales que poseen son muy estimables. Ellos creen, cosa que aquí no; y eso me inspira un enorme respeto. La fe ha movido grandes empresas, el lenguaje del hombre de fe —recuerdo ahora al poeta egipcio Edmond Jabes— suele ser más profundo... En Occidente se ha perdido la fe en demasiadas cosas.